

CAPÍTULO V

LA VICTORIA SIN COMBATE

Los temores de la señora Michaud eran un efecto del segundo aspecto que toma la primera pasión verdadera. Ocupada exclusivamente de un solo ser, el alma acaba por abrazar el mundo moral que la rodea, y lo ve con claridad. En su amor, una mujer experimenta los presentimientos que la agitan más tarde con la maternidad.

Mientras que la pobre mujer se dejaba llevar de esas voces confusas que vienen á través de los espacios desconocidos, en la taberna de la Grande-I-Verde ocurría una escena en que la existencia de su marido estaba efectivamente amenazada.

A eso de las cinco de la mañana, los que más habían madrugado en el campo, habían visto pasar á la gendarmería de Soulanges, que se dirigía hacia Conches. Esta noticia circuló rápidamente, y aquellos que estaban interesados en el asunto quedaron muy sorprendidos al saber que un destacamento de gendarmería, mandado por el teniente de la Ville-aux-Fayes, había pasado por el bosque de los Aigues. Como era lunes, había motivo para que los obreros fuesen á la taberna; pero era la víspera del aniversario de la entrada de los Borbones, y aunque los parroquianos de la guarida de los Tonsard no tuviesen necesidad de aquella *angusta causa* (como se decía entonces) para justificar su presencia en la Grande-I-Verde, no dejaban de apoyarse en ella tan pronto como creían ver la sombra de un funcionario cualquiera.

Se encontró allí á Vaudoyer, á Tonsard y á su familia, á Godain, que en cierto modo formaba parte de ella, y á un viejo viñador llamado Laroche. Este hombre vivía al día, y era uno de los delincuentes salidos de Blangy para engrosar la especie de reclutamiento inventado con objeto de quitar al general su manía de formar procesos verbales. Blangy había dado tres hombres más, doce mujeres, ocho muchachas y cinco muchachos, cuyos maridos y padres tenían que responder de ellos, y que estaban en la mayor

indigencia, pues eran los únicos que no poseían nada. El año 1823 había enriquecido á los viñadores, y el 1826 tenía que darles aún mucho dinero gracias á la gran cosecha de vino; los trabajos ejecutados por el general habían derramado dinero en los tres ayuntamientos que rodeaban sus propiedades, y hubiese costado trabajo encontrar ciento veinte proletarios entre Blangy, Conches y Cerneux; sólo se había logrado anular la eficacia de los procesos verbales, cogiendo á las ancianas, las madres y las abuelas de aquellos que poseían algo, pero que no tenían nada propio, como la madre de Tonsard. Este Laroche, obrero delincuente, no valía absolutamente nada; no era como Tonsard, enérgico y vicioso, sino que estaba animado de un odio sordo y frío, trabajaba en silencio y se mostraba muy uraño; el trabajo le era insoportable, y no podía comer sin trabajar; sus facciones eran duras y su expresión repugnante. A pesar de sus sesenta años, no carecía de fuerza, se veía sin espalda se había debilitado, estaba encorvado, se veía sin porvenir, sin un pedazo de tierra propio, y envidiaba á los que poseían tierras; de modo que dañaba sin piedad los bosques de los Aigues y hacía con gusto inútiles devastaciones.

—¿Vamos á consentir que nos lleven? decía Laroche. Después de Conches irán á Blangy, y yo soy reincidente, y me tocan lo menos tres meses de cárcel.

—Y ¿qué queréis hacer contra la gendarmería, viejo borracho? le dijo Vaudoyer.

—¡Toma! ¿no podemos cortar las piernas de sus caballos con nuestras hoces? Si nos decidiésemos, bien pronto caerían á tierra, y, como sus fusiles no están cargados, cuando se viesen uno contra diez, se apresurarían á dejarnos. Si se sublevasen las tres aldeas y se matasen dos ó tres gendarmes, ¿habían de guillotinar á todo el mundo por eso? No tendrían más remedio que largarse como ocurrió en el interior de Borgoña, adonde, por una cuestión semejante, enviaron un regimiento. ¡Ah! si, el regimiento ya fué; pero los aldeanos continuaron cortando leña como venían haciendo hacía ya muchos años, y como nosotros hacemos aquí.

—Matar por matar, dijo Vaudoyer, sería preferible matar á uno que yo sé; pero esto sin peligro y de modo que bastase para asustar á todos los *Arminacs* del país.

—¿A qué bandido de esos te refieres? preguntó Laroche.

—A Michaud, dijo Piernacorta; Vaudoyer tiene razón, muchísima razón. Ya veréis como, cuando hayamos puesto un guarda á la sombra, no se encontrará fácilmente quien quiera sustituirle. Esos demonios no se contentan con vigilar de día, sino que vigilan también de noche.

—A todas partes á donde vayáis, los encontraréis, dijo la anciana Tonsard, que tenía setenta y ocho años, y que mostró su cara de pergamino atravesada por mil agujeros y por dos ojos verdes, y adornada con cabellos de un blanco sucio, que salían por mechones por debajo de un pañuelo encarnado; en todas partes os detienen, registran vuestro haz, y si llegasen á encontraros una sola rama cortada, una mala vara de avellano, os cogerían el haz y os formarían causa; ya nos lo han advertido. ¡Ah! ¡los bandidos! ¡no hay medio de cogerlos, y, si desconfían de vos, os registran de tal modo, que os veis precisados á hacer de nuevo el haz!... Son tres perros que no valen cinco céntimos, y aunque vuestro matasen no perdería nada Francia con ello.

—¡Vatel no es tan malo como los otros! dijo Tonsard la nuera.

—¡Ese! ese hace como los demás; si se trata de reír, perfectamente, se ríe con vos, pero no por eso os guardará más consideraciones; es el más malicioso de los tres, es un hombre sin corazón para la gente pobre, como ese infame Michaud, dijo Laroche.

—Pero lo que sí tiene Michaud es una bonita mujer, dijo Nicolás Tonsard.

—Está embarazada, dijo la abuela; pero, si las cosas continúan de este modo, me parece que el bautizo del chico va á ser triste.

—¡Oh! con esos *Arminacs* de parisienses no se pueden gastar bromas... y, aunque gastéis confianzas, os cogen en renuncio y os procesan enteramente lo mismo que si no os conocieran, dijo María Tonsard.

—¿Acaso has intentado camelarlos? dijo Piernacorta.

—¡Vaya!

—Pues bien, dijo Tonsard con aire determinado, son hombres como los demás, y yo creo que también se puede sacar algo de ellos.

—A mí me parece que no, dijo María completando su pensamiento; no gastan bromas nunca; no sé lo que pueden darles, pues á excepción de ese canalla del pabellón, que

está casado, los demás, Vatel, Gaillard y Steingel, no lo están; no tienen á nadie en el país, ni tienen mujer alguna que los quiera.

—Veremos cómo marchan las cosas en la recolección y en la vendimia, dijo Tonsard.

—¿No impedirán el espiguelo? dijo la anciana.

—Qué sé yo, respondió la nuera Tonsard. Groison dice que el señor alcalde va á publicar un bando en el que se advertirá que no se podrá espigar sin certificado de indigencia; ¿y quién los da? Debe ser él. No dará muchos, no. Piensa publicar también otro bando prohibiendo la entrada en los campos mientras no se haya cargado el último haz en los carros.

—¡Ah! ¡pero ese coracero es una plaga! gritó Tonsard fuera de sí.

—Eso lo sé yo desde ayer, en que le ofrecí un vaso de vino á Groison para sacarle alguna noticia, respondió su mujer.

—¡Ese sí que es feliz! dijo Vaudoyer; le han construido una casa, le han dado una buena mujer, tiene rentas, está como un rey... Yo he sido veinte años guarda campestre y no he ganado más que constipados.

—Sí, ese es feliz, dijo Godain; tiene bienes...

—Nosotros nos hemos quedado como lo que somos, como imbéciles, exclamó Vaudoyer; vamos á ver al menos lo que pasa en Conches, en donde no son más sufridos que nosotros.

—Vamos, dijo Laroche, que apenas podía sostenerse; si no mato á uno ó á dos, que me corten el cuello.

—Tú, dijo Tonsard, si serías capaz de dejar que se llevasen á todo el concejo; pero yo, si llegasen á tocar á la vieja, ahí está mi escopeta que aseguro que había de tumbar á alguno.

—Pues bien, dijo Laroche á Vaudoyer, si se llevan á alguno de Conches, yo mataré un gendarme.

—¡Ya lo ha dicho el padre Laroche y...! decía Piernacorta.

—Sí, lo ha dicho, pero no lo ha hecho, ni lo hará, repuso Vaudoyer... Después de todo, si estás decidido á que te ahorquen, ¿de qué serviría eso?... Matar por matar, vale más que mates á Michaud.

Mientras que ocurría esta escena, Catalina Tonsard esta-

ba á la puerta de la taberna con objeto de poder decir á los bebedores que callasen si pasaba alguien. A pesar de la debilidad de sus piernas, causada por el vino, no salieron, sino que se lanzaron fuera de la taberna, y su ardor bélico les hizo encaminarse hacia Conches, siguiendo el camino que, durante un cuarto de legua, va pegado á las paredes de los Aigues.

Conches era una verdadera aldea de Borgoña, de una sola calle, por la que pasaba la carretera real. Las casas están construidas, las unas con ladrillo y las otras con piedra y barro. Llegando allí por la carretera de la Ville-aux-Fayes, se veía la aldea por detrás, y entonces hacía algún efecto. Entre la carretera y los bosques de Ronquerolles, que continuaban los de los Aigues y coronaban las alturas, corría un riachuelo, y varias casas bastante bien agrupadas animaban el paisaje. La iglesia y el presbiterio formaban un grupo separado y animaban las vistas de la reja del parque de los Aigues, que llegaba hasta allí. Delante de la iglesia se encontraba una plaza rodeada de árboles, en donde los conspiradores de la Grande-I-Verde vieron á la gendarmería, redoblando entonces sus precipitados pasos. En este momento, tres hombres á caballo salieron por la reja de Conches, y los aldeanos reconocieron al general y su criado, con el guarda general Michaud, que se lanzaban al galope hacia la plaza; Tonsard y los suyos llegaron allí algunos minutos después. Los delincuentes, hombres y mujeres, no habían hecho resistencia alguna; estaban todos entre los cinco gendarmes de Soulanges y los quince que habían venido de la Ville-aux-Fayes. Toda la aldea estaba reunida allí. Los hijos, los padres y las madres de los prisioneros iban y venían, y les llevaban aquello que ellos creían que habían de necesitar más para pasar el tiempo en la cárcel. Aquella población campesina, exasperada, ofrecía un curioso aspecto, pues permanecía silenciosa y parecía que todo el mundo se hubiese resignado. Las viejas y las jóvenes eran las únicas que hablaban. Los niños y las niñas se habían subido en maderos y en montones de piedra para ver mejor.

—Esos malditos ya han sabido escoger un día de fiesta para venir...

—¡Cómo! ¿vais á dejar que se lleven de ese modo á vuestro hombre? Y ¿qué va á ser de vos durante estos tres meses, los mejores del año, en que los jornales se pagan tan bien?...

—¡Ellos sí que son ladrones!... respondió la mujer mirando á los gendarmes con aire amenazador.

—¿Qué es lo que gruñe esa vieja? dijo el sargento. Tened entendido que bien pronto seréis castigada si os permitis injuriarnos.

—Yo no he dicho nada, se apresuró á decir la mujer con aire humilde y lastimero.

—He oído ahora mismo un dicho del que muy bien podríais arrepentiros.

—Vamos, hijos míos, calma, dijo el alcalde de Conches. ¡Qué diablo! estos hombres han recibido una orden y no tienen más remedio que obedecer.

—Es verdad, el dueño de los Aigues es el que hace todo esto... ¡Pero paciencia!

En este momento el general llegó á la plaza, y su llegada produjo algunos murmullos, por los que se inquietó muy poco; se fué derecho al teniente de la gendarmería de la Ville-aux-Fayes, y, después de haberle dicho algunas palabras y de haberle entregado un papel, el oficial se volvió hacia su gente, y les dijo:

—Soltad á los prisioneros, el general ha obtenido su perdón del rey.

En este momento, el general Montcornet hablaba con el alcalde de Conches; pero, después de algunos momentos de conversación, tenida en voz baja, éste, dirigiéndose á los delincuentes que tenían que dormir en la cárcel, y que, con gran asombro, se veían libres, les dijo:

—Amigos míos, dad las gracias al señor conde, pues á él debéis el indulto de vuestras condenas; ha pedido vuestro perdón á París y lo ha obtenido por ser el aniversario de la vuelta del rey... Espero que en lo sucesivo os conduciréis mejor con un hombre que se conduce tan bien con vosotros, y que respetaréis en adelante sus propiedades. ¡Viva el rey!

Y los aldeanos gritaron con entusiasmo: «¡Viva el rey!», por no gritar: «¡Viva el conde de Montcornet!»

Esta escena había sido políticamente meditada por el general, de acuerdo con el prefecto y con el procurador general; pues parecían tan delicadas estas cuestiones, que, al mismo tiempo que se mostraba firmeza para estimular á las autoridades locales, era preciso usar benevolencia. En efecto, la resistencia, en caso de que hubiese tenido lugar, pondría al gobierno en los más grandes apuros. Como había dicho

Laroche, no era posible guillotinar á todo un pueblo.

El general había invitado á almorzar al alcalde de Conches, al teniente y al sargento de la gendarmería. Los conspiradores de Blangy se quedaron en la taberna de Conches, en donde los delincuentes libertados empleaban en beber el dinero que llevaban para vivir en la cárcel, y, como es natural, la gente de Blangy fué también de la boda, pues la gente del campo da el nombre de boda á todo lo que sea jolgorio ó fiesta. Beber, disfrutar, pelearse, comer y volver á su casa borracho y enfermo, es hacer la boda.

El conde, que había salido por la puerta de Conches, se llevó á sus convidados por el bosque á fin de mostrarles las huellas de los estragos, y para que juzgasen por sí mismo la importancia de aquella cuestión.

A eso del mediodía, en el momento en que Rigou volvía á Blangy, el conde, la condesa, Emilio Blondet, el teniente y el sargento de gendarmes y el alcalde de Conches acababan de almorzar en aquella fastuosa y espléndida sala construida por orden de Bouret, y que ha sido descrita por Blondet en su carta á Nathan.

—Sería lástima tener que abandonar semejantes parajes, dijo el teniente de gendarmería, que no había estado nunca en los Aigues, á quien se lo habían enseñado todo, y que, animado por un vaso de Champagne, había observado los admirables contornos de las ninfas desnudas que sostenían las ramas y flores que simulaban caer del techo.

—Así es que nos defenderemos aquí hasta la muerte, dijo Blondet.

—Si digo esto, repuso el teniente mirando al sargento como para recomendarle el silencio, es porque los enemigos del general no están todos en el campo...

El buen teniente se había enternecido con la esplendor del almuerzo, con aquel magnífico servicio y con aquel lujo imperial que reemplazaba al lujo de la hija de la Ópera, y Blondet había pronunciado algunas ocurrencias palabras, que le habían estimulado tanto como los vinos finos que había bebido.

—Pero ¿cómo puedo tener enemigos? dijo el general asombrado.

—¡Él, tan bueno! añadió la condesa.

—Se ha malquistado con nuestro alcalde, el señor Gaubertin, y, para vivir tranquilo, debía reconciliarse con él.

—¡Con él exclamó el conde, ¿de modo que no sabéis que era mi antiguo intendente? un bribón.

—Ya no es un bribón, dijo el teniente; es el alcalde de la Ville-aux-Fayes.

—Tiene gracia nuestro teniente, dijo Blondet; es claro que un alcalde es esencialmente hombre honrado.

El teniente, deduciendo de las palabras del conde que sería imposible hacerle comprender la conveniencia del consejo, no continuó la conversación sobre este punto.

CAPÍTULO VI

EL BOSQUE Y LA SIEGA

La escena de Conches había causado buen efecto, y por su parte, los fieles guardas del conde velaban porque no se llevasen más que la leña seca del bosque de los Aigues; pero, hacía ya veinte años que aquel bosque había sido tan explotado por los habitantes, que no había más que árboles verdes, que se ocupaban en secar para el invierno, por procedimientos muy sencillos y que no podían ser descubiertos hasta mucho tiempo después. Tonsard enviaba á su madre al bosque, el guarda la veía entrar; sabía por dónde tenía que salir y la acechaba para registrarle el haz; en efecto, veía que éste se componía de hojas secas, de ramas caídas y secas; y ella gimoteaba y se lamentaba de haber corrido tanto á su edad para obtener aquel miserable haz. Pero lo que ella no decía es que había estado en lo más espeso del bosque y que había desgarrado el tronco de un árbol joven levantando la corteza en forma de anillo alrededor del sitio en que salía el tronco; después lo cubría todo con musgo, de modo que era imposible descubrir aquella incisión anular hecha, no con la segur, sino por un medio muy parecido al que producen algunos animales roedores y destructores llamados, según los países, gusanos blancos, atunes, turcos, y que son, en realidad, el primer estado del saltón. Este gusano es muy aficionado á la corteza de árbol, y suele introducirse entre ésta y la albura, comiendo en torno del tronco. Si el árbol es bastante gordo

para que él haya sufrido su segunda metamorfosis, pasando al estado de larva, en que queda adormecido hasta la segunda resurrección, el árbol está salvado, pues mientras le quede á la savia un lugar del árbol cubierto de corteza, el árbol crecerá. Para saber hasta qué punto la entomología se relaciona con la agricultura, la horticultura y demás productos de la tierra, baste saber que los grandes naturalistas como Latreille, el conde Dejean, Klugg, de Berlín, Gené, de Turín, etc., han venido á comprobar que la mayor parte de los insectos conocidos se alimenta á expensas de la vegetación; que los coleópteros, cuyo catálogo ha sido publicado por Dejean, cuentan más de veintisiete mil especies, y que, á pesar de las más ardientes investigaciones llevadas á cabo por los entomólogos de todos los países, existen una inmensa cantidad de especies en las cuales no ha podido llegar á conocerse la triple transformación que distingue á todo insecto; finalmente, que no sólo toda planta tiene su insecto particular, sino que todo producto terrestre, por muy transformado que esté por la industria humana, tiene el suyo. Así es que el cáñamo, el lino, después de haber servido ya para sábanas, ó ya para colgar á los hombres; después de haber corrido con un ejército, se convierte en papel, y los que escriben ó leen mucho, están familiarizados con las costumbres de un insecto llamado el *piojo del papel*, que ofrece un aspecto y un modo de ser maravillosos; sufre sus transformaciones desconocidas en una hoja de papel blanco cuidadosamente guardada, y lo veis correr y saltar con su magnífico exterior brillante como el talco ó el espato.

El turco es la desesperación del propietario; se libra de la circular administrativa metiéndose bajo tierra, sin que pueda perseguírsele hasta que llega al estado de saltón; y si las poblaciones supiesen á qué grandes desastres están expuestas si no procuran exterminarlos, seguramente que obedecerían mejor las órdenes gubernamentales.

Holanda ha estado á punto de perecer; sus diques han sido oídos por uno de estos gusanos, y la ciencia ignora su origen como ignora las metamorfosis anteriores de la cochinilla. El gusano del centeno es, según toda verosimilitud, una colonia de insectos de los que la ciencia no ha descubierto aún más que un ligero movimiento. Esperando la siega y el espiguelo, unas cincuenta ancianas imitaron

el trabajo del turco al pie de quinientos árboles que tenían que morir en la primavera y que no volverían á echar hoja; y estos árboles habían sido escogidos en los lugares menos accesibles, para poderse aprovechar de ese modo de sus ramas. ¿Quién les había comunicado este secreto? Nadie. Piernacorta se había lamentado en la taberna de Tonsard de que en su jardín se secaba un olmo, este olmo empezaba á contraer una enfermedad, y él había sospechado que estaba atacado del turco, pues Piernacorta conocía muy bien los turcos, y cuando un turco estaba al pie de un árbol, éste está perdido. Inició al público de la taberna en el trabajo del turco, imitándolo. Las ancianas empezaron aquella obra de destrucción con un misterio y una habilidad propio de hadas, inclinándolas á ello las desesperantes medidas que tomó el alcalde de Blangy, medidas que fueron imitadas después por todas las alcaldías del concejo. Los guardabosques publicaron á són de tambor una proclama en que se decía que no se admitiría al espiguelo á nadie más que á las personas que presentasen un certificado de indigencia, cuyo modelo fué enviado por el prefecto al subprefecto, y por éste á cada uno de los alcaldes. Los propietarios del distrito admiraron mucho la conducta del general Montcornet, y el prefecto, en sus salones, decía que si, en lugar de permanecer en París, permaneciesen en sus tierras y vieses lo que pasa, las clases elevadas y el gobierno acabarían por obtener felices resultados; pues estas medidas, añadía el prefecto, debían tomarse en todas partes y aplicarse á la vez, modificándolas en el sentido de que diesen resultados beneficiosos, como hacía el general Montcornet.

En efecto, el general y su mujer, aconsejados por el abate Brossette, procuraban hacer obras benévolas; lo habían pensado bien y querían demostrar á los que les robaban, por medio de resultados incontestables, que ganarían mucho más ocupándose de trabajos lícitos. Daban el cáñamo para que lo hilasen, y pagaban la mano de obra; la condesa hacía que fabricasen tela con aquel hilo, tela que servía para rodillas, delantales, servilletas para la cocina y camisas para los pobres. El conde emprendía las obras de mejora que deseaban los obreros, y sólo empleaba en ellas á la gente de los ayuntamientos vecinos. Sibilet estaba encargado de estos detalles, mientras que el abate Brossette le

indicaba los verdaderos necesitados, y á veces los llevaba á su presencia. La señora de Montcornet había destinado la habitación inmediata á la escalinata exterior para depósito y oficina en que se ventilaban las obras de beneficencia. Esta habitación servía también de sala de espera, y estaba provista de una hermosa estufa y de largas banquetas de terciopelo encarnado.

A esta habitación fué donde la anciana Tonsard llevó á su nieta Catalina, que tenía que hacer, según decía ella, una terrible confesión para el honor de una familia pobre, pero honrada. Mientras que su abuela hablaba, Catalina se mantenía en una actitud de criminal, contó á su vez los *apuros* en que se encontraba y que sólo había confiado á su abuela; su madre la arrojaría de casa, y su padre, que era un hombre honrado, la mataría. Si ella tuviese aunque no fuese más que mil francos, se casaría con un pobre obrero llamado Godain, que lo sabía todo, y que la amaba como si fuese un hermano; compraría un mal terreno y construiría en él una choza. Aquello era enternecedor. La condesa prometió consagrar á aquella boda la suma necesaria para satisfacer aquella necesidad. El feliz matrimonio de Michaud y el de Groison, que ella había apadrinado, la animaron. Además, aquella boda sería de muy buen ejemplo en el país y estimularía á la gente á portarse bien. El casamiento de Catalina Tonsard y de Godain quedó, pues, convencido mediante los mil francos con que la dotaba la condesa.

Otra vez, una horrible vieja, la madre Bonnebault, que vivía en una casucha entre la puerta de Conches y la aldea, llevaba una gran cantidad de madejas de hilo hechas por encargo de la condesa.

—La señora condesa ha hecho maravillas, decía el abate, que tenía grandes esperanzas de llegar á conseguir el progreso moral de aquellos salvajes. Esta mujer perjudicaba mucho á vuestros bosques; pero ahora, ¿para qué necesita ir? Hila de la mañana á la noche, y, al mismo tiempo que está ocupada, gana dinero.

El país estaba tranquilo; Groison daba satisfactorios informes, los delitos parecían haber cesado, y acaso hubiese cambiado por completo el estado del país y de sus habitantes, á no ser por la rencorosa avidez de Gaubertin, por las cábalas de la primera sociedad de Soulanges y por las intrigas de Rigou, que procuraba encender el odio y el cri-

men en el corazón de los aldeanos del valle de los Aigues, como si fuese el fuelle de una fragua.

Los guardas seguían lamentándose de que encontraban muchas ramas cortadas con hoz en el interior de los bosques, con la evidente intención de preparar leña para el invierno, y, por más que acechaban á los autores de estos delitos, no habían podido sorprenderlos. El conde, ayudado por Groison, no había dado certificado de indigencia más que á los treinta ó cuarenta pobres de su municipio; pero los alcaldes de los ayuntamientos vecinos no habían sido tan severos. Tan clemente como el conde se había mostrado en el asunto de Conches, pensaba mostrarse severo en la cuestión del espiguelo, que había degenerado en robo. No se ocupaba para nada de sus tres grandes cortijos arrendados; se ocupaba muy poco de sus alquerías, que eran muy numerosas, pues tenía seis, cada una con doscientas fanegas de tierra. Había publicado un bando amenazando con procesar y con multar á todo el que entrase en los campos antes de que se hubiesen retirado las gavillas; por lo demás, su ordenanza sólo era aplicable dentro de su municipio. Rigou conocía el país; tenía alquiladas, por porciones, sus tierras laborables á gentes que las trabajaban, mediante el pago de un alquiler, que le abonaban en granos; de modo que el espiguelo no le perjudicaba en nada. Los demás propietarios eran aldeanos, y entre ellos nada se quitaban.

El conde había ordenado á Sibilet que hiciese de modo que la siega de cada alquería fuese independiente de las demás, ó, mejor dicho, que se fuesen haciendo unas después de otras, á fin de que la vigilancia pudiese ejercerse mejor. El conde fué en persona con Michaud á ver cómo marchaban las cosas. Groison, que era el que había sugerido esta medida, tenía que presenciar todas las tomas de posesión de los campos del rico propietario por los indigentes. Los habitantes de las ciudades no pueden imaginarse lo que es el espiguelo para los habitantes del campo; su pasión por él es inexplicable, y hay mujeres que abandonan trabajos, mucho mejor retribuidos, para espigar. El trigo que encuentran de aquel modo les parece mejor; aquella provisión, cogida de aquel modo, tiene para ellos un inmenso atractivo. Las madres llevan á sus hijos y á sus hijas; los ancianos más achacosos se arrastran hasta allí, y los que tienen bienes,

afectan estar en la miseria. Para espigar se ponen los andrajos. El conde y Michaud, montados á caballo, asistieron á la primera entrada de aquella harapienta gente, en los primeros campos de la primera alquería. Eran las diez de la mañana, el mes de agosto estaba caluroso y el cielo estaba sin nubes y azul como un vincapervinca; la tierra abrasaba, los trigos brillaban, y los segadores trabajaban con su cara tostada por el calor de los rayos que se reflejaban en una tierra dura y sonora, mudos, con la camisa mojada, bebiendo el agua contenida en aquellos cántaros redondos como un pan, provistos de dos asas y de un pitón tapado con un trozo de madera.

Al extremo de los campos segados había un centenar de criaturas que, á decir verdad, dejaban muy atrás á las horribles concepciones que los pinceles de Murillo y de Teniers, los más atrevidos en este género, y las figuras de Callot, ese poeta de la fantasía de las miserias, hayan podido realizar; sus piernas de bronce, sus cabezas peladas, sus desgarrados andrajos, sus colores tan atrozmente degradados, sus ropas húmedas de grasa, sus manchas, sus descoloridos trapos, en una palabra, su ideal del material de las miserias había sido sobrepasado; asimismo, las expresiones ávidas, inquietas, embrutecidas, salvajes, de aquellas figuras, tenían sobre las inmortales composiciones de estos príncipes del color, la eterna ventaja que conserva la naturaleza sobre el arte. Había viejas con cuello de pavo, párpados rojos y sin pestañas, que estiraban la cabeza como perros parados ante la perdiz; niños silenciosos como soldados en las filas; niñas que patcaban como animales que esperan el pienso; los caracteres de la infancia y de la vejez estaban oprimidos por una feroz codicia: la del bien ajeno, que pasaba á ser suyo por abuso. Todos los ojos chispeaban y los gestos eran amenazadores; pero todos guardaban silencio en presencia del conde, del guarda campestre y del guarda general. Los grandes propietarios, los cortijeros, los trabajadores, tenían allí su representación; la cuestión social se dibujaba claramente, pues el hambre había convocado á aquellos provocativos rostros... El sol ponía de relieve aquellas duras facciones, abrasaba los pies desnudos y sucios por el polvo; había allí niños sin camisa, cubiertos apenas con una blusa desgarrada, con sus rizados y rubios cabellos llenos de paja, de heno y de hojas; algunas mujeres

llevaban de la mano á algunos pequeñuelos que sólo sabían andar desde la víspera y que se revolcaban entre los surcos.

Este sombrío cuadro era desgarrador para un veterano que tenía buen corazón; así es que el general le dijo á Michaud:

—Me hace daño ver esto. Es preciso conocer mucho la importancia de estas medidas para persistir.

—Si todos los propietarios os imitasen, y permaneciesen en sus tierras é hiciesen el bien que vos hacéis en las vuestras, mi general, no digo que no hubiese pobres, porque tiene que haberlos siempre, pero al menos no existiría ningún ser que no pudiese vivir de su trabajo.

—Los alcaldes de Conches, de Cerneux y de Soulanges nos han enviado sus pobres, dijo Groison, que había examinado los certificados, y eso no debía ser así.

—No; pero ya que esto ha sido así, nuestros pobres irán también á los municipios vecinos; para ser la primera vez, ya se ha conseguido bastante logrando que no se robasen gabillas. Es preciso ir poco á poco, dijo al marchar.

—¿Lo habéis oído? dijo la anciana Tonsard á la vieja Bonnebault, pues la última palabra del conde había sido pronunciada en voz muy alta y había sido oída por una de las viejas que estaban apostadas en el camino que atravesaba el campo.

—Sí, pero no es eso todo; hoy un diente, mañana una oreja; si pudiesen encontrar un medio para comernos las asaduras como á los terneros, comerían carne de cristiano, dijo la vieja Bonnebault, mostrando su perfil amenazador cuando pasó el conde; pero cambiando esta expresión por una mirada meliflua y por una agradable mueca, se apresuró á hacerle una profunda reverencia.

—¿También vos espigáis á pesar del dinero que os da á ganar mi señora?

—¡Eh! mi querido señor, ¡que Dios os dé mucha salud! pero ya veréis, mi hijo me lo come todo, y me veo obligada á esconder este poco de trigo para tener pan para el invierno... Si logramos coger un poquillo, esto siempre ayuda.

El espiguelo no da gran cosa á los que se dedican á él. Viendo que les apoyaban, los cortijeros y los arrendatarios de alquerías hicieron segar bien á raíz, vigilaron el hacimiento y la carga de las gavillas, y de ese modo se evitó el abuso y el pillaje de los años precedentes.

Acostumbrados á obtener del espiguelo una cierta cantidad de trigo, y como lo hubiesen buscado en vano esta vez, lo mismo los indigentes verdaderos que los falsos, que habían olvidado el perdón de Conches, dieron muestras de un sordo descontento que fué envenenado por los Tonsard, por Piernacorta, por Bonnebault, Laroche, Vaudoyer, Godain y compañía, en las escenas de la taberna. Después de la vendimia, los ánimos se excitaron aún más, pues después de recogidos bien todos los racimos, Sibilet visitó las viñas con gran minuciosidad. Estas medidas exasperaron los ánimos hasta el último extremo; pero cuando existe una gran distancia entre la clase que se subleva y la que está amenazada, las palabras no tienen resonancia; la clase amenazada sólo ccha de ver los hechos, y los descontentos se entregan á una especie de trabajo subterráneo á la manera de los topos.

La feria de Soulanges pasó con bastante tranquilidad, á excepción de algunas triquiñuelas entre la primera y la segunda sociedad del pueblo, suscitadas por el despotismo de la reina, que no quería tolerar el imperio que había adquirido la hermosa Eufemia Plissoud sobre el corazón del elegante Lupin, en quien parecía haber fijado para siempre sus ardientes miradas.

El conde y la condesa no habían ido á la feria de Soulanges ni á la fiesta del Tivoli, y esto fué considerado como un crimen por los Soudry, los Gaubertin y demás gente, que lo achacaban á orgullo ó despreciativo desdén. Entretanto, la condesa procuraba llenar el vacío que la causaba la ausencia de Emilio, con el inmenso interés con que toman las almas bellas el bien que hacen ó que creen hacer; y el conde, por su parte, se entregaba con no menos celo á las mejoras materiales de sus tierras, mejoras que, según él, tenían que modificar de una manera favorable la posición y el carácter de los habitantes de aquella comarca. Ayudada por los consejos y la experiencia del abate Brossette, la señora Montcornet iba adquiriendo poco á poco un conocimiento estadísticamente exacto de las familias pobres del municipio, de sus posiciones respectivas, de sus necesidades, de sus medios de existencia, y de la inteligencia con que era preciso ayudar á su trabajo, sin hacerlos vagos y perezosos.

La condesa había colocado á Genoveva Niseron, la Pe-

china, en un convento de Auxerre, bajo pretexto de enseñarla lo necesario para poder emplearla en su casa; pero, en realidad, era para sustraerla á las infames persecuciones de Nicolás Tonsard, á quien Rigou había logrado librar del servicio militar; la condesa pensaba también que una educación religiosa, el claustro y una vigilancia monástica, serían suficientes para domar á la larga las pasiones ardientes de aquella niña precoz, cuya sangre montenegrina asomaba como una llama amenazadora, aprestándose á incendiar la dicha doméstica de su fiel Olimpia Michaud.

De manera que reinaba una gran tranquilidad en el castillo de los Aigues. El conde, adormecido por Sibilet y tranquilizado por Michaud, se aplaudía su firmeza, y le daba las gracias á su mujer por haber contribuido con su caridad al inmenso resultado de su tranquilidad. La cuestión de la venta de la madera era cosa que pensaba resolver el general en París, entendiéndose directamente con los comerciantes. No tenía idea alguna de la marcha de este comercio, é ignoraba en absoluto la influencia de Gaubertin, que aprovisionaba de madera á la mayor parte de los tratantes de París.

CAPÍTULO VII

EL LEBREL

A mediados del mes de septiembre, Emilio Blondet, que había ido á publicar un libro á París, volvió á descansar á los Aigues y á pensar en los trabajos que proyectaba para el invierno. En los Aigues, este periodista gastado volvió á recobrar el carácter cándido y amante de los primeros días que sucedieron á su adolescencia.

—¡Qué alma más hermosa! solían decir el conde y la condesa.

Los hombres acostumbrados á rodar por los abismos de la naturaleza humana, á comprenderlo todo, á no reprimirse en nada, se forman un oasis en el corazón; olvidan sus perversidades y las de los otros, y se vuelven, en un círculo estrecho y reservado, unos santos en pequeño; tienen deli-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO 15 DE MONTEENREY, MEXICO

cadezas femeninas, y se entregan á una realización momentánea de su ideal; se hacen angelicales para una sola persona que les adore, y no en broma; ponen su alma triste, por decirlo así; tienen necesidad de limpiar sus manchas de lodo, de sanar sus llagas, de curar sus heridas. Emilio Blondet había llegado á los Aigues sin picardía y casi sin espíritu, no decía ni un epigrama, tenía la dulzura del cordero y era un platónico suave.

—Es un joven tan bueno, que le echo de menos cuando no está aquí, decía el general. Tendría un gran placer en que hiciera fortuna y que no se fuera á vivir á París...

Nunca el magnífico paisaje y el parque de los Aigues había estado más voluptuosamente hermoso que lo estaba entonces. En los primeros días del otoño, en el momento en que la tierra, cansada de sus partos, desembarazada de sus producciones, exhala admirables perfumes vegetales, los bosques, sobre todo, son deliciosos; empiezan á tomar ese tinte verde obscuro, cálidos colores de tierra de Sienna, que componen las bellas tapicerías, bajo las cuales se esconden como si quisieran desafiar el frío del invierno.

La naturaleza, después de haberse mostrado elegante y alegre á la primavera, como una morena que espera, se vuelve entonces melancólica y dulce como una rubia que se acuerda; el césped se dora, las flores de otoño muestran sus pálidas corolas, las margaritas abren con menos frecuencia el fino césped de sus blancos ojos, no se ven más que cálices morados. El amarillo abunda, toman un color más fuerte las hojas, y, por efecto de su caída, hay más claros en las sombras; el sol, más oblicuo ya, se desliza dando esos resplandores anaranjados y furtivos que se van pronto, como los vestidos arrastrados por mujeres que dicen adiós.

El segundo día de su llegada, una mañana, Emilio estaba en la ventana de su cuarto, que daba á una de esas terrazas ó balcón moderno desde el cual se descubría una hermosa vista. Este balcón dominaba todas las habitaciones de la condesa, que daban á los bosques y paisajes de Blangy. El estanque, que hubiera sido llamado lago si los Aigues se hubiesen encontrado más cerca de París, se veía un poco, así como también un largo canal; el manantial, que salía del pabellón de las Citas, atravesaba una cinta de hierba fina y espesa, prensada y bardada por finísima arena.

Fuera del parque, se percibían, al lado de las villas y

murallas, las plantaciones de Blangy, algunas praderas en que pacían las vacas, propiedades rodeadas de setos, con sus árboles frutales, sus nogales, y sus manzanos; más lejos, como marco para este cuadro, ostentaban bruscamente sus elevadas copas los hermosos árboles de los bosques. La condesa había salido en zapatillas para admirar las flores de su balcón que esparcían sus matinales perfumes; llevaba un peinador de batista, bajo el cual se descubría el color rosado de sus hermosos hombros, y puesta sobre sus cabellos una bonita gorra, de la cual se escapaban éstos amotinados; sus medias transparentes dejaban brillar el color de carne de sus pequeños pies, su peinador flotaba sin cinturón y dejaba ver un jubón de batista bordado, mal atado á su perezosa, que se veía también cuando el viento entreabría el ligero peinador.

—¡Ah! ¿estáis ahí? dijo ella.

—Sí...

—¿Qué mira usted?

—¡Hermosa pregunta! Me habéis arrancado á la naturaleza... Decid, condesa, ¿queréis venir esta mañana, antes de almorzar, á dar un paseo por el bosque?...

—¡Qué idea! ¿no sabéis que me da miedo el andar?

—Iremos muy despacio; os conduciré en tilburi, y nos llevaremos á José para que lo guarde... No ponéis nunca el pie en vuestro bosque; y he notado un singular fenómeno... hay, á trechos, una cierta cantidad de copas de árboles que tienen el color del bronce florentino, las hojas están secas...

—Bueno, voy á vestirme...

—¡No nos marcharemos de aquí en dos horas si vais á vestiros!... Tomad un chal, poneos un sombrero... unos borceguíes... es todo lo que hace falta... Voy á mandar que enganchen.

—Siempre hay que hacer lo que vos queréis... Vuelvo al instante.

—General, vamos á dar un paseo. ¿Queréis venir? dijo Blondet yendo á despertar al conde, que soltó el gruñido propio de un hombre que está aún bajo la influencia del pesado sueño de la mañana.

Un cuarto de hora después el tilburi rodaba lentamente por los paseos del parque, seguido á alguna distancia de un criado con librea.

Aquella mañana era una verdadera mañana de septiem-

bre. El azul obscuro del cielo brillaba en algunos sitios, en medio de apiñadas nubes que formaban el fondo, el éter no aparecía más que por accidente; en el horizonte se mezclaban largas líneas azules con nubes de polvo; estos tonos cambiaban encima de los bosques. La tierra, bajo esta capa, estaba tibia como una mujer al levantarse, exhalaba esos olores suaves y cálidos, pero salvajes; el perfume de las plantaciones se mezclaba con el olor de los bosques. Tocaban el *Angelus* en Blangy, y los sonidos de la campana, uniéndose á los bizarros conciertos de los bosques, daban armonía al silencio. Había á trechos vapores elevados, blancos y diáfanos. Admirando estas galas, tuvo el capricho Olimpia de acompañar á su marido, que debía ir á dar una orden á uno de sus guardas cuya casa no estaba muy lejos; el médico de Soulanges le había recomendado andar sin fatigarse; ella tenía el calor del mediodía y no quería pasearse de noche; Michaud se llevó á su mujer, y fué seguido por uno de los perros que él más quería, un bonito lebrél de color ratón, con manchas blancas, goloso como todos los lebreles, y lleno de defectos como todo animal que sabe que se le quiere y que agrada.

Así, pues, cuando el tilburi llegó á la reja de la Citas, la condesa preguntó por la salud de la señora Michaud, y supo que se había ido al bosque con su marido.

—Este tiempo inspira á todo el mundo, dijo Blondet lanzando al azar su caballo por una de las seis avenidas del bosque.

—¡Hola! José, ¿conoces el bosque?

—Sí, señor.

Esta avenida era una de las más deliciosas del bosque; daba vuelta estrechándose y formando un sendero ruinoso en el que daba el sol introduciéndose por los claros de las hojas que lo rodeaban como una cuna y al que la brisa llevaba los perfumes del serpol, de los espliegos y de las mentas salvajes, de los ramos marchitos y de las hojas que caen dando un suspiro; las gotas de rocío, diseminadas por la hierba y las hojas, se desgranaban á su alrededor, al paso del ligero coche, y, á medida que adelantaba, los paseantes entreveían las misteriosas fantasías del bosque: esos fondos frescos en que las plantas están húmedas y sombrías, en que la luz se nubla perdiéndose en lontananza; esas claridades de los elegantes álamos blancos, dominadas por un árbol

centenario, el hércules del bosque; esos magníficos grupos de troncos nudosos, musgosos, blanquecinos, en hilera, que dibujan maculaturas gigantescas, y ese ribete de hierbas finas, de flores rociadas que ruedan por los bordes de los pantanos. Los arroyos cantaban. Es cierto, hay voluptuosidades inauditas para impulsar á una mujer que, en las subidas y bajadas de esas avenidas resbaladizas, en que la tierra está tapizada de musgo, le hace parecer que tiene miedo ó realmente lo tiene, y que se coge á vos, y os hace sentir la presión involuntaria ó meditada del fresco sudor de su brazo, el peso de su robusta y blanca espalda, y que se echa á reír si le decís que no os deja andar. El caballo parece estar en el secreto de estas interrupciones, y mira á derecha é izquierda.

Este espectáculo, nuevo para la condesa, esta naturaleza tan vigorosa en sus efectos, tan poco conocida y tan grande, sumergió á la condesa en un melancólico sueño; se reclinó sobre el tilburi y se dejó llevar por el placer de estar cerca de Emilio; éste, por su parte, también la miraba á hurtadillas, y se gozaba en esta soñolienta meditación, durante la cual se habían desatado las cintas de su capota, entregando al viento de la mañana los sedosos rizos de su rubia cabellera con un abandono voluptuoso. Como iban al capricho, conducidos por el caballo, llegaron á una barrera cerrada, de la cual no tenían la llave; llamaron á José: tampoco él la tenía.

—Pues bien, paseémonos, José tendrá el tilburi, ya lo volveremos á encontrar bien...

Emilio y la condesa se internaron en la selva y llegaron á un sendero interior de esos que se encuentran muy á menudo en los bosques. Veinte años antes, los carboneros habían escogido aquel sitio para ejercer su industria, y el suelo había quedado sin plantas; todo había sido quemado en un radio bastante grande. En veinte años, la naturaleza podía haber hecho un jardín, un cuadro de flores para ella, como el artista se da un día el placer de pintar un cuadro para él mismo. Este delicioso jardín estaba rodeado de hermosos árboles cuyas copas caían en extensas franjas, y dibujan un inmenso pabellón á este lecho en donde duerme la diosa. Los carboneros habían ido por un sendero á buscar el agua á un barranco, una balsa siempre llena, cuya agua era pura. Este sendero subsiste y os invita á bajar por un declive lleno de coquetería; de repente se pierde y os muestra un

terreno cortado por miles de raíces que descienden formando una especie de cañamazo de tapicería. Este estanque desconocido está adornado por un césped liso, tupido; hay algunos álamos, unos cuantos sauces protegen con su ligera sombra el banco de césped que un carbonero melancólico ó perezoso se había construido. Las ranas saltan á sus casas, las cercetas se bañan, los pájaros acuáticos van y vienen, una liebre se va, vos sois dueño de este adorable estanque, adornado con los más preciosos juncos vivos. Los árboles toman diversas posiciones sobre vuestra cabeza: aquí, troncos que descienden en forma de boa constrictor; allá, ramas de haya derechas como columnas griegas. Los caracoles se pasean tranquilamente. Una tenca os muestra su hocico, la ardilla os contempla. For fin, cuando Emilio y la condesa, fatigados, se sentaron, un pájaro, de no sé qué especie, entonó un canto de otoño, un canto de adiós, que todos los pájaros escucharon, uno de esos cantos entonados con amor y que se escuchan por todos los órganos á la vez.

—¡Qué silencio! dijo la condesa emocionada y en voz baja, como para no turbar esta paz.

Miraban las manchas verdes del agua, que son mundos donde se organiza la vida; veían al lagarto jugando al sol y escaparse cuando intentaban aproximarse á él, conducía por la que ha merecido el nombre de amigo del hombre: «Prueba así cuánto le conoce», dijo Emilio. Veían á las ranas, que, más confiadas, salían á flor de agua sobre camas de berro, haciendo chispear sus ojos de carbúnculo. La poesía sencilla y suave de la naturaleza se infiltraba en estas dos almas estragadas por las cosas ficticias del mundo y les producía una emoción contemplativa... Cuando de repente, Blondet, estremecido, y aproximándose á la oreja de la condesa, le dijo.

—¿Oís?

—¿Qué?

—Un ruido singular.

—He ahí la gente literaria y de salón, que no conocen nada del campo; es una piveta que hace su agujero... Apuesto á que no sabéis el rasgo más curioso de la historia de este pájaro; desde que da el primer picotazo, y eso que da millares para agujerear un roble dos veces más grueso que vuestro cuerpo, va á mirar por detrás si ha atravesado el árbol, y esto lo hace á cada instante.

—Ese ruido, querida profesora de historia natural, no es el ruido hecho por un animal; hay allá no sé qué de inteligente que anuncia al hombre.

La condesa fué presa de un gran pánico; echó á correr hacia la espesura del bosque, volviendo á tomar su camino, y queriendo abandonar el campo.

—¿Qué tenéis?... le gritó Blondet, inquieto, y corriendo en pos de ella.

—Me ha parecido ver dos ojos... dijo ella cuando hubo ganado uno de los senderos por los que habían venido á la carbonera.

En este momento oyeron la sorda agonía de un ser estrangulado súbitamente, y la condesa, que sintió aumentarse su miedo, corrió tan de prisa, que Blondet pudo apenas seguirla. Ella corría, corría como un fuego fatuo, sin oír á Emilio que le gritaba: «Os engañáis...» Corría siempre. Blondet pudo alcanzarla, y continuaron así corriendo más cada vez. Por fin fueron detenidos por Michaud y su mujer, que venían cogidos del brazo. Emilio, sofocado, y la condesa sin aliento, quedaron sin hablarse algún tiempo. Michaud se unió á Blondet para mofarse del terror de la condesa, y el guarda puso á los dos paseantes extraviados en el camino que debía de conducirles hasta el tilburi. Llegados á la barrera, la señora Michaud llamó:

—¡Príncipe!

—¡Príncipe! ¡Príncipe! exclamó el guarda.

Y silbó, silbó; el lebrél no apareció.

Emilio habló de los singulares ruidos con que empezó la aventura.

—Mi mujer ha oído ese ruido, dijo Michaud, y me he burlado de ella.

—¡Han matado á Príncipe! exclamó la condesa, estoy segura ahora, y lo han matado cortándole la garganta de un solo golpe; porque lo que yo he oído era el último gemido de una bestia expirante.

—¡Diablo! dijo Michaud, la cosa vale la pena de que se esclarezca.

Emilio y el guarda dejaron á las dos damas con José y los caballos, y volvieron al bosque natural situado sobre la antigua carbonera. Descendieron al estanque; registraron todos los declives y no encontraron ningún indicio. Blondet subió el primero: vió entre una espesura de árboles del

piso superior uno de ellos deshojado; se lo enseñó á Michaud y quiso verlo. Ambos se lanzaron en línea recta á través del bosque, evitando los troncos, rodeando los zarzales de espinos y de bojs impenetrables, y encontraron el árbol.

—¡Es un hermoso olmo! dijo Michaud; pero es un gusano, un gusano que ha hecho la vuelta de la corteza al pie.

Y se bajó, tomó la corteza y la levantó.

—¡Tened! ¡mirad qué trabajo!

—Hay muchos gusanos en vuestro bosque, dijo Blondet.

En este instante, Michaud percibió á algunos pasos una mancha roja, y más lejos la cabeza de su lebrél, y exhalando un suspiro, dijo:

—¡Los bandidos! La señora tenía razón.

Blondet y Michaud fueron á ver el cuerpo, y encontraron que, según las observaciones de la condesa, se había cortado el cuello á Príncipe, y, para impedir que ladrara, lo habían atraído con un poco de tocino salado que tenía entre la lengua y el velo del paladar.

—¡Pobre animal! ha perecido por donde ha pecado.

—Enteramente lo mismo que un príncipe, replicó Blondet.

—Aquí debía haber alguno, que se ha escapado para que no le sorprendiésemos, y que debía estar cometiendo algún delito grave; pero no veo ramas ni árboles cortados, dijo Michaud.

Blondet y el guarda empezaron á escudriñar todo con precaución, mirando el sitio en que iban á poner el pie antes de ponerlo. Después de haber dado algunos pasos, Blondet descubrió un árbol ante el cual la hierba estaba pisoteada, viéndose en ella las huellas de dos hoyos.

—Alguien ha estado aquí arrodillado, y ha debido ser una mujer, porque las piernas de un hombre no hubieran dejado tan gran cantidad de hierba aplastada; aquí están las marcas de la falda...

El guarda, después de haber examinado el pie del árbol, vió las huellas de un agujero empezado, pero no pudo encontrar ese gusano de piel fuerte, reluciente, escamosa, salpicada de puntos negros; ese animal terminado por una extremidad semejante á la de los saltones, y cuya cabeza, antenas y garfios nerviosos, con los cuales corta las raíces, son muy semejantes á los de aquel animal.

—Querido mío, ahora comprendo la gran cantidad de árboles muertos que vi esta mañana desde la terraza del castillo y que me movió á venir aquí á fin de investigar la causa de este fenómeno. Los gusanos hacen daño, es verdad, pero los verdaderos gusanos de este bosque son los aldeanos...

El guarda dejó escapar un juramento, y, seguido de Blondet, fué á unirse á la condesa, á la cual rogó que se llevase á su mujer. Acto continuo tomó el caballo de José y desapareció con excesiva rapidez á fin de cortar el camino á la mujer que acababa de matar á su perro, y de sorprenderla con la podadera ensangrentada y el instrumento de que se valía para hacer las incisiones en los troncos. Blondet se sentó entre la condesa y la señora Michaud, y les contó el fin de Príncipe y el triste descubrimiento que había llevado á cabo.

—¡Dios mío! digámóselo al general antes de que almuerce, exclamó la condesa, porque de otro modo podría morir de rabia.

—Ya lo prepararé yo, dijo Blondet.

—¡Han matado el perro! dijo Olimpia enjugándose las lágrimas.

—Hija mía, ¿tanto amabais á ese animal para llorarle de ese modo?

—No, señora, sólo veo en la muerte de Príncipe un funesto presagio, y temo que le ocurra á mi marido una desgracia.

—¡Qué lástima! ¿cómo nos han hecho perder la mañana! dijo la condesa haciendo una adorable mueca.

—¡Cómo echan á perder el país! respondió tristemente la joven.

Al volver encontraron al general en la reja, el cual les preguntó:

—¿De dónde venís?

—Ahora vais á saberlo, respondióle Blondet con aire misterioso, haciendo bajar á la señora Michaud, cuya tristeza llamó la atención del conde.

Un instante después, el general y Blondet se paseaban por la terraza del castillo.

—Os creo provisto de suficiente valor moral, y espero que no os encolizaréis, ¿verdad?

—No, respondió el general; pero acabad de una vez, si no queréis hacerme creer que os burláis de mí...

—¿Veis aquellos árboles cuyas hojas están medio secas?

—Sí.

—¿Veis qué mustios están?

—Sí.

—Pues bien, todo eso es obra de esos aldeanos cuyas simpatías creéis haber conseguido dispensándoles favores.

Y á continuación, Blondet contó al general las aventuras de la mañana.

El general estaba tan pálido que asustó á Blondet.

—Vamos, jurad, desahogaos, encolerizaos, haced lo que queráis, porque el esfuerzo que estáis haciendo podría hacer más daño que la cólera.

—No, me voy á fumar, dijo el conde encaminándose hacia el kiosco.

Durante el almuerzo, Michaud se presentó sin haber podido encontrar á nadie; Sibilet, llamado por el conde, compareció también.

—Señor Sibilet, y vos, señor Michaud, haced saber, con prudencia, en el país, que doy mil francos á aquel que me ayude á coger en flagrante delito á los que matan de esta manera mis árboles. Es preciso conocer la herramienta con que se sirven y dónde la han comprado, pues tengo mi plan.

—Esas gentes no se venden nunca, dijo Sibilet, cuando hay crímenes cometidos en provecho suyo y premeditados; pues no se puede negar que esta invención diabólica haya sido reflexionada, combinada...

—Sí, pero mil francos son para ellos una ó dos fanegas de tierra.

—Lo intentaremos, dijo Sibilet; con mil quinientos francos respondo de encontrar un traidor, sobre todo, si se le guarda el secreto.

—Pues hagamos como si no supiésemos nada, yo sobre todo; más vale que seáis vos quien se ha apercibido de eso sin saberlo yo; de otro modo seríamos víctimas de alguna combinación. Es preciso desconfiar más de esos bandidos que del enemigo en tiempo de guerra.

—Pero ¡si es el enemigo! dijo Blondet.

Sibilet miró de soslayo á Blondet como hombre que comprende la intención de la palabra, y salió.

—No me gusta vuestro Sibilet, repuso Blondet cuando le vió salir, es un hombre muy falso.

—Por ahora no hay nada que decir de él, respondió el

general. Blondet se retiró para ir á escribir unas cartas. Había perdido la indiferente alegría de su primera permanencia, estaba inquieto y preocupado; esto no era debido á presentimientos, como sucedía en la señora Michaud, sino más bien á una espera de desgracias previstas y ciertas, y se decía:

—Esto acabará mal; y, si el general no toma un partido decisivo y no abandona un campo de batalla donde será aplastado por el número, habrá muchas víctimas; y ¿quién sabe hasta si podrán salir bien librados él y su mujer? ¡Dios mío! ¡exponer así á esa criatura tan adorable, tan abnegada, tan perfecta!... ¡Y cree amarla! Pues bien, participaré de sus peligros, y, si no puedo salvarlos, pereceré con ellos.

CAPÍTULO VIII

VIRTUDES CAMPESTRES

Por la noche, Maria Tonsard estaba en la carretera de Soulanges, sentada al margen de un puentecillo del camino, esperando á Bonnebault, que, siguiendo su costumbre, había pasado el día en el café. Le vió de lejos, y su paso le indicó que estaba borracho y que había perdido, pues cuando ganaba venía cantando.

—¿Eres tú, Bonnebault?

—Sí, pequeña...

—¿Qué te pasa?

—Debo veinticinco francos, y me podrían muy bien torcer el cuello veinticinco veces antes de que los encuentre.

—Pues bien, nosotros podríamos tener quinientos, le dijo ella al oído.

—¡Oh! pero para eso es necesario matar á alguien, y yo quiero vivir...

—¡Ca! no, hombre, no; nos los da Vaudoyer, nada más que con que hagamos de modo que cojan á tu madre cortando algún árbol.

—Prefiero matar á un hombre que vender á mi madre. Tú tienes abuela, la Tonsard, ¿por qué no la entregas?